

J. F. J O Y A

LA BOLSA NEGRA

JOYA

La bolsa negra

J. F. JOYA

La bolsa negra

Primera edición: marzo de 2021
Segunda edición: febrero de 2022

Copyright © 2021 J. F. Joya
ISNI: 0000 0004 9335 3445
www.jfjoya.com

Autor y edición: Juan Francisco Joya Guirado
Corrección de estilo: Juan José del Castillo Abad
Ilustración de portada de banco de imágenes

Referencia: 02150321PDF
Edición digital sin ISBN
Editado en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo público.

A los ancianos que fueron o se sintieron abandonados por las autoridades responsables durante la pandemia de 2020.

PRÓLOGO

Aún hoy recuerdo con amargura aquellos funestos días que me llevaron a escribir estas tristes líneas. Como ocurre con los grandes acontecimientos, uno queda transformado en otra persona de manera irreversible y, desde ese preciso instante, la vida muestra a cada cual un espectro de colores más o menos rico. Seguramente poco tengan de grandes estos acontecimientos, en el buen sentido de la expresión, debido a que han herido violentamente nuestras sensibilidades. Pero en la pena también está la vida y en toda tragedia hay una necesaria evolución.

He sufrido con cada palabra y admito que no he podido contener la imperiosa necesidad de plasmar todo mi dolor —como mejor sé— ante una tragedia que tanto me ha marcado. Si renegara de este drama y del relato no le haría ningún favor a la sociedad con la que todo artista y literato se compromete —aún sin quererlo siquiera— y, sobre todo, no me estaría haciendo ningún favor a mí mismo.

Aquí el lector sólo encontrará mi verdad, sesgada por mis miedos, prejuicios, torpezas, fantasías y talentos. Pero tal vez también encuentre su verdad, ésta quizá más íntima y real.

UNA MANO enguantada de color azul sujetó una de las puertas. Quedó abierta de par en par, y un individuo emergió protegido de pies a cabeza. El traje era amarillo, similar al de una bolsa de basura bien ajustada, y las distintas partes parecían estar unidas por cinta de celo u otro invento por el estilo. Llevaba dos mascarillas con pliegues, una sobre la otra, para tranquilizar a la mente, y unas gafas similares a las que se utilizaban para esquiar en tiempos más ociosos. Su mirada era de pena, resignación, agotamiento —y de otros inefables sentimientos si se quisiera profundizar más en ella—. Le indicó al anciano que lo acompañaba que entrara a la sala de espera y que se sentara, que no tardaría mucho en ser despachado.

Al poco, se marchó y la puerta se abatió hacia dentro y hacia fuera, en completo silencio y ante la mirada del anciano —todavía junto a ella—, hasta que quedó inmóvil. Por la ventanilla de la misma pudo ver cómo se alejaba por un pasillo infinito dotado de más puertas que ocultaban, como capas de cebolla, el incesante caos que allí se vivía. Camillas con convalecientes se apiñaban a los lados de los pasillos; muchos otros yacían tirados por el suelo, agarrados a bombonas de oxígeno como mejor posibilidad para seguir aferrándose a la vida. Más compañeros, tan ingeniosamente protegidos como el anterior, se movían de aquí para allá, sobrepasados, cumpliendo como obligados héroes con interminables

guardias cuyos resultados funestos se repetían una y otra vez. Permanecían allí, entre esas capas de cebolla que enmudecían la vida, donde se desmoronaba la sociedad tal y como se había conocido hasta el momento.

El anciano observó adónde había ido a parar. La sala era casi cuadrada y tenía dos puertas dobles más, una a cada lado. Las paredes eran de cerámica de color verde pálido, desprovistas de ventanas. Había una pantalla instalada en un soporte por encima de la puerta, cerca de una de las esquinas. Las noticias estaban puestas, era posible escucharlas si se agudizaba bien el oído. A pocos pasos, apoyado contra la pared de enfrente, había un banco con tres asientos. Uno de ellos, el del extremo, estaba ocupado por otro anciano. El hombre, con prudencia y con cara de pavor contenido, cruzó la sala, hizo un gesto al presente y se sentó al otro lado.

Ya más centrado, pudo tragar saliva y mirar al televisor. Era un individuo alto y delgado, de piel pajiza y pelo canoso. En su epidermis se diseminaban manchas y docenas de verrugas.

—Que le den algo para tranquilizarle, porque cuando me trajeron aquí, al principio, tenía una cara de susto como la suya y, más tarde, era de espanto. Con el paso de las horas la cosa no mejoró, y la desesperación se hizo más incontrolada. Por suerte, la pastilla que me dieron obra milagros.

Miró a su interlocutor, tratando de ocultar los temblores de sus manos. El compañero de espera era grueso, calvo, y respiraba con dificultad. Tenía la cara hinchada y los dientes amarillentos, y sujetaba un porta suero con una bolsa y su gotero.

—Tutéame, por favor, que venimos y vamos al mismo sitio.

—Se puede decir que corremos la misma suerte... —respondió, asintiendo.

—Estoy tratando de digerir todo lo que está pasando. Pero ya estoy un poco menos inquieto, ahora que me van a dar la bolsa. Me han dicho que mejor espere aquí, que hay menos ajeteo y que en un rato me la traen, pues no dan abasto con tanto muerto. No quisiera hacerles cargar a mis hijos con ese gasto, que anda disparado. Se debe morir de manera ordenada y sin sobresaltos; causando la menor angustia posible a la familia.

—Cuánta razón. Por eso el gobierno da estas facilidades. Es lo

mejor, ser precavido. Así luego no te llevas sustos inesperados. Yo ya tengo la mía justo aquí. —Se tocó el bolsillo abultado, de donde salía media bolsa enrollada—. Bien preparada por si las moscas. Permíteme que me presente, no vayamos a perder las buenas formas. Mi nombre es don Número.

—Encantado, pues. A mí me llaman de muchas maneras, pero el nombre con el que más me identifico en los tiempos que corren es don Nadie. Si mi madre, que en paz descansa, levantara la cabeza no estaría muy contenta, la verdad. —Trató de simular una media sonrisa—. Dime, ¿a qué estás esperando?

—Me están dando registro en el grupo de los grises. —Le señaló una pegatina del mismo color que llevaba pegada en el pecho—. Hace unos días nos contagiamos y, cuando se puso la cosa fea, nos trajeron aquí. Vivimos solos mi mujer y yo; mis hijos están fuera. Espero que al chucho lo estén cuidando bien los vecinos, que ahora les da por abandonarlos o matarlos... También estoy esperando a ver cómo vuelve mi señora. Se la llevaron en camilla por aquellas puertas y no he vuelto a saber de ella. —Señaló a la derecha—. Dicen que de esas se vuelve ya metido en la bolsa. Así que vamos a ver qué tal va...

—Resignación y paciencia, no nos queda otra. Estamos en manos de los expertos —Dio ánimos don Nadie.

Don Número no se pudo morder más la lengua, no estaban los tiempos como para eso.

—Me da apuro decirte esto, pero creo que la pegatina que te han puesto indica que estás muerto, o que poco te falta. —Señaló el adhesivo negro que llevaba en la solapa de la chaqueta el hombre de tez más pálida.

—No me sorprende. Vi la mirada de los médicos que vinieron a ponérmela y supe que se dejaron el alma por el pasillo. Les costó digerir la decisión. Las manos les temblaban cuando me quitaban los tubos y se llevaban la máquina para intubar a un joven con más potencial de beneficio para la sociedad, como lo denominan en sus protocolos; pues yo ya soy historia, y no deben malgastar valiosos recursos en los de nuestra edad.

»En ese sentido estoy más tranquilo, si es que tiene que pasar algo. Probablemente iré directo al hoyo y sin rechistar, como tantos otros mayores que no salen por televisión y no se cuentan

rigurosamente. No quiero molestar demasiado, tú me entiendes: he tenido una vida muy larga, pero te confieso que deja mal sabor de boca que las estadísticas ya hayan decidido quién gozará de más años de vida y oportunidades. Ahora me siento mejor de salud, aunque puede que sea una mejora engañosa, ésa que aparece el día antes de marcharse uno definitivamente.

—Sí, eso he escuchado, que tristemente se lo tienen bien aprendido el protocolo ése, como forma de proceder con los pobres enfermos. Cuando hay carencia de balas en una guerra no se puede disparar a discreción, no vaya a errarse el tiro; y los mayores somos blanco fallido. Así lo han tenido montado siempre, sólo que en las crisis mundiales como ésta es cuando se manifiesta con más desvergüenza.

—Cierto, es ahora cuando se ve más allá de la piel que todo lo esconde. Se ve el esqueleto y los defectos estructurales que siempre han estado ahí, a sabiendas de los que dirigen y miran para otro lado.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —Quiso saber don Número.

—Mi historia no le importa a nadie, por eso soy un número más, como tú. Así que perdóname, si no te la cuento es porque no me dejaron que la contara. Así de crudos son los recuentos, las frías cifras, y quienes con ruindad y sectarismo ponen voz y luces en unos muertos sí y en otros no, no vaya a ser que pierdan los suyos. Así funciona esto, pero yo estoy alegre, ha amanecido bien soleado el día y he decidido que la podredumbre de los que se consideran moralmente superiores no despedace mi alma, como ya han hecho con la de los pobres médicos y con la de los que ya no respiran.

—Te entiendo. Los que debían velar por la libre información resulta que estaban velando por la libre circulación de los suyos al poder, en su guerra de trincheras, que es lo que les interesa. Disparando a todo discrepante crítico, acusándolo de alarmista, y tratándolo como enemigo y parte del problema. Pero me tranquiliza pensar que, adonde vamos, ya no tendremos que soportarlos, y que nuestro sacrificio será en beneficio de los inocentes, estén engañados o no.

—Siempre han matado al mensajero. No me extraña que se diga que «la primera víctima de la guerra es la verdad», y ésta es otro tipo de guerra.

Don Nadie se acomodó en el asiento, intentando que el cuerpo no estuviera tan tenso, poniendo una mano sobre otra, tratando de mitigar los temblores. Volvió a mirar al televisor. Unas imágenes de ancianos en residencias estimularon sus ideas.

—Nos están dejando morir en las residencias —añadió—, nos están quitando las máquinas para ponérselas a los jóvenes en los hospitales, y han dejado de darnos los medicamentos que escasean para salvar a otros. ¡Qué vida ésta! No le encuentro el encanto.

—Y, sin embargo, siguen saliendo por ahí diciendo que lo hacen por nosotros, aunque aquí no nos lo creamos muchos. No nos van a dejar de lado, lo dijo el otro día el Presidente... así, por lo menos, no resulta tan cruel. Hay que hacer por confiar en los que dirigen el país o terminaremos por perder la cabeza y toda la confianza en la sociedad por la que tanto luchamos de jóvenes; y si debemos morir felices entre engaños, que así sea, que no hay sociedad que se sustente sin mentiras. Piensa que por lo menos dejaremos nuestro puesto a nuestros hijos y nietos.

—Tienes razón, ésta es la mejor de las ayudas para que todos salgan adelante. Pero se hace duro no poder disfrutar de un sepelio honrado —dijo señalando a la pantalla, cuando aparecieron imágenes de operarios que empujaban camillas con bolsas hacia un vehículo.

—Y es normal que no quieran que lo sepamos, ¿para qué alarmar si no podemos hacer nada para cambiarlo? Que se encarguen de esto los que saben, que son los que hablan con los supuestos expertos, o con los que ellos consideran expertos, o bien aquellos que les dicen lo que más les conviene, que uno ya no sabe por dónde van los tiros.

—Estamos en sus manos, amigo don Número, porque no podemos hacer nada para cambiarlo ya; y esto, bien enfocado, nos debería dejar más tranquilos. ¿Para qué exigirles la verdad? ¿Para que cunda más el pánico? ¿Para que sus enemigos políticos hagan escarnio público por la evidente incompetencia de los que dirigen y nos utilicen en sus jugadas por alcanzar el poder? No, debemos empatizar con los que gobiernan y el mal trago que van a vivir con esta crisis sanitaria. Ellos tienen áreas privadas y material dedicado para sobrevivir a este problema con garantías, y nosotros, los mayores, nuestras bolsas de plástico negro preparadas para afrontar

el sacrificio por sus errores y autocomplacencia, la de ellos y la de muchos que les precedieron.

Una de las puertas de la derecha se abrió y se produjo un mutis en medio de la conversación.

Un trabajador del hospital, no supieron si un enfermero o un celador, oculto tras su mascarilla, se acercó a don Nadie y le entregó con brazo poco firme una bolsa bien enrollada.

—Dios se lo pague, hijo.

Una extraña sensación dejó frío a don Nadie mientras el operario se esfumaba.

—No te preocupes, yo sentí lo mismo cuando me la dieron. Pasará pronto.

Nuevas imágenes de ancianos se sucedieron en el televisor.

—En las residencias ya se han sacrificado —continuó don Número para distraer a su compañero de circunstancias—, ahora nos toca al resto. Debemos afrontar esto sin miedo y confiando en los que hablan con los expertos. Yo no conozco a ninguno, ni los he visto por la tele, pero sé que existen porque siempre les hacen mención cuando dan sus discursos.

—Don Número, yo no tengo miedo a morir —dijo con sinceridad mientras sentía el artificial tacto de la bolsa—, siempre que los cuidados que me debían corresponder a mí los reciban mis nietos y mis seres queridos.

Don Número le puso una mano sobre el hombro.

—No me cabe duda de eso. Nuestro sacrificio es tenido en cuenta por los que mandan y si se tienen que quitar de comer, reducir sueldos y dietas, o prestar su sanidad personal al pueblo, no dudo que lo harán; y si no lo hacen, nos lo contarán de tal modo que nos haga dudar, pues la mentira evidente sería imperdonable. Ellos se mueven en la duda y en las medias verdades, les va su futuro en ello, y a nosotros nos dejan menos inquietos. Si es que la verdad a veces espanta. Por eso, cuando me vaya, que lo haré, me iré completamente solo, pero con la conciencia bien tranquila. Seguro que cuando ya no estemos nos colman de homenajes y de monumentos; les reconfortará darnos el merecido tratamiento, aunque sea una vez ya muertos y bajo las flores.

—Al final todo se resume en números —dijo don Nadie, ya más

entero—, ¿verdad, amigo? Y si hacen bien las cuentas, no irá a mayores. Bueno, sí, a los mayores seguro, asumieron que a nosotros nos pasará por encima, pero no lo admitirán nunca. No somos el futuro, no lo han dicho expresamente, pero así está estipulado en sus protocolos de medicina de guerra —dijo, señalándose la pegatina—. La sociedad necesita del sacrificio de algunos para que el resto sobreviva.

—Siempre con los dichosos sacrificios... ese cuento me suena. ¿Y cómo será esto de morir por el maldito bicho? —preguntó con más confianza don Número.

—Morimos solos, asfixiándonos, cagados de miedo aquellos que aún estamos cuerdos, y sin poder despedirnos de nuestra gente, con el desasosiego de no saber si están bien o... no están. Muchos de nuestros cuerpos terminan incluso descompuestos por el abandono de las autoridades.

—Si es que esto es un descontrol, se les ha ido de las manos.

—Y dejamos a nuestras familias con el mal sentimiento de la culpabilidad, por habernos infectado y abocado a la muerte segura... y de ahí a que sepan que te has muerto, pueden pasar incluso días hasta que llegue la llamada. Es por esta locura que crecen los sentimientos de culpabilidad, por habernos abandonado a nuestra suerte y contra su voluntad en muchos casos. Nuestros familiares se están medicando para poder cargar con la pesada culpa, porque los de arriba no lo harán por ellos.

—¿Y la culpa de quién es?

—Tal vez de la vida, según está dispuesta. A lo mejor exigimos demasiado a los que gobiernan, que no son más que personas tan imperfectas como nosotros. No son dioses, ¿sabes?, no llegan a todo y sus errores siempre conllevan grandes tragedias. ¿Cómo culpar a los políticos que tanto se preocupan de nosotros cuando se pone en evidencia que en esta sociedad la vida de unos prima sobre la de otros? Lo hemos visto claro ahora, es el querer y no poder, las buenas intenciones frente a la cruda realidad.

»Pienso que esto se ha heredado y que nadie se ha preocupado por cambiarlo. Ellos no pueden ser culpables de inducirnos a pensar, mientras defienden lo contrario, que los mayores ya lo hemos vivido todo y que la vida del joven es mucho más valiosa. La vida es así de

pragmática, nunca perdona, como decía el refrán, y los discursos para ganar votos se olvidan de esta realidad mientras nos encumbran con derechos que luego se derrumban, como estamos viendo. En cualquier caso, son cómplices de los anteriores y de los que precedieron a éstos. Pero cómo van a montar una sanidad donde no se escatime en tratamientos para cualquier vida, tenga la edad que tenga. Esto último es más del ámbito de la utopía y del discurso, me temo, que de la realidad que rige la sociedad actual.

Don Número asintió convencido.

—Así se habla, don Nadie. Yo me quedo más tranquilo si pienso que éste es el mejor sistema y que no debemos exigir a los dirigentes una igualdad digna en todos los ámbitos de la vida, tengamos la edad que tengamos, porque son imposibles con los que nos hacen soñar y nos tienen como embelesados. A la vista está que era una falsedad. ¿Y qué medidas serán las siguientes que impongan? Ya tendrían que estar hablando por la televisión los que saben, que es casi la hora.

—Tal vez pongan un estricto protocolo de cómo enterrar a los muertos en los jardines de casa, pues ya no hay más sitios donde meterlos. Hasta las funerarias y los depósitos están sobrepasados en lo que llevamos de encierro.

—¿Y quienes no puedan enterrarlos ni tenerlos más tiempo en sus hogares? Hay quien ha distribuido vídeos con los cadáveres de sus familiares todavía en las habitaciones, de cuerpo presente, con varios días a cuestas desde el fallecimiento. Un drama.

—Supongo que no quedará otra que sacarlos a la calle, y los que no se puedan bajar, tirarlos por las ventanas, por duro que resulte, hasta que pasen los camiones del ejército, en esas noches de procesiones negras, y se puedan llevar a los pobres muertos cuando el resto dormimos o no miramos. Son medidas extremas para tiempos extremos.

—Calla, que va a hablar el mandamás.

Le tocó en el brazo a don Nadie y ambos ancianos se quedaron embobados mirando hacia arriba.

El buen porte del político no podía ocultar lo poco que creía en lo que decía. Un guion bien redactado, pero deficientemente interpretado. Durante gran parte de la comparecencia se explayó en las medias verdades, tratando de remover los sentimientos de

quienes lo observaban con desesperación al otro lado de las pantallas. Ocultaba lo necesario, con acostumbrada pericia, para que no cundiera el pánico, o para que los ataques contra su pésima gestión no resultaran más graves de lo previsible; el verdadero motivo resultaba inextricable. Tal vez ambos eran válidos.

—Palabras vacías todas ellas, pero reconfortan —apuntó don Nadie.

—Cuando termine toca rezar.

—O esperar al siguiente cuento, que también ayuda a mantenerse uno distraído mientras pasa el tiempo.

—Debemos aprender a celebrar la muerte cuando llega, que también es una liberación. Liberación para uno, porque deja de sufrir, y liberación para el Estado, porque deja de preocuparse por otro viejo.

—Más recursos para los jóvenes, que falta les hace, que cuando sobrevienen las catástrofes uno nunca está preparado, y es cuando se ve con claridad el espejismo de aquello que estamos mal construyendo.

El gobernante siguió con su verborrea, tratando de desplegar todo su poder de convicción entre tanta palabrería. Encantando a la peligrosa serpiente, no fuera a despertar y revolverse contra su encantador.

—...*Por favor, sigan muriendo a buen ritmo. Cuanto antes se contagien antes terminará todo. Gracias por el sacrificio.*

Terminó la intervención y la cadena cambió de contenido.

La última frase les pareció a ambos extraña, como salida de un cuento de terror fantástico que muy pocos se creerían. De manera insólita, se había entendido el auténtico significado del mensaje. Rápidamente, sus mentes lo desecharon, por ilógico y fuera de lugar. La revelación se disipó, retornando al oscuro lugar del que había salido. En cambio, la inteligencia de muchos cimentaría, con presteza, el cuento bien hilado que había contado aquel individuo durante la última hora. Todo quedaría bien enmarcado en lo políticamente correcto, en la buena apariencia, el buen hacer y el pensamiento bienintencionado de los hombres. «Nos están salvando, hacen todo lo que pueden... Todo pasará muy pronto, tranquilos... Pronto volveremos a ser felices...», esos preceptos retumbaban de

manera ecoica en los pensamientos de la gran masa, como un poderoso mantra que se repetían una y otra vez, dando forma a una verdad saludable que no somete a la mente a ningún tipo de estrés dañino. Edulcoraban la realidad y la llenaban de positividad, enajenando al incauto, alejándolo de la cruda realidad. «Nos contarían la verdad, siempre lo han hecho... Individuos con tales cargos jamás nos mentirían... ¿O es que carecen de empatía y honor?», la mente sabía cómo aplacar la ansiedad y el pesimismo, si se le entregaban las herramientas pertinentes. Siempre ha sido muy eficaz en esta labor.

—Confía en que todo se arreglará —dijo don Número, a modo de acostumbrado autoengaño—. Yo espero que mi mujer salga pronto por esa puerta, que entró muy malita y la despedida fue muy fría.

—Si no ha salido ya con la bolsa puesta es buena señal. Que aquí la tratarán como a una reina, ya lo verás. Esto no es como una residencia, allí estamos vendidos y caemos como moscas. Tenemos a los mejores profesionales al frente de esto, que no escatimarán recursos aunque estén bien recortados; y esos de ahí —dijo señalando a las imágenes de los dirigentes que salían por la televisión—, los de los trajes, no paran de darle vueltas para prevenir antes que curar.

—Están muy metidos en su papel, se nota. No me cambiaría por ellos, que sufren más que nosotros —dijo con extraño convencimiento don Número.

—Menuda papeleta les ha tocado.

—¿Y quién iba a saber que llegaríamos a esta situación?

—No se podían tomar por ciertas las voces que alertaban... como era normal —indicó don Nadie.

—Los locos de siempre, cómo nos lo han sabido vender.

—Es un alivio saber que para ellos todos somos iguales. Aunque no se lo crean ni ellos mismos, por lo menos te lo cuentan de tal modo que uno se queda tranquilo. Así, cuando especulan entre la vida y la economía del país, no resulta tan repugnante.

—¡A quiénes tendríamos por dirigentes si se mostrasen como lobos insensibles que no piensan en las personas! —exclamó el anciano más grueso.

—Pero no se podía saber ni prever, que te quede claro. Eso decían y es fácil creerles, cuanto más se repite algo, más cierto se vuelve. Creer lo contrario es hacernos daño, pues no se puede ir hacia atrás en el tiempo para cambiarlo, ni ir contra el discurso dominante de los dirigentes.

—Y así nos lo han hecho saber, no se han cansado de repetirlo —dijo don Número.

Una tos seca e interminable le sobrevino, una de esas que anticipaban malos presagios. Don Nadie lo sujetó, le dio unos golpecitos en la espalda y, poco después, prosiguió con la conversación.

—Dijeron que era menos que una gripe, y acertaron, hasta que dejaron de decirlo, y también acertaron con lo contrario. Pero todo esto debe dejarnos tranquilos, pues siempre siguieron el criterio de los expertos.

—¿De todos? —preguntó, ya más repuesto.

—De todos los que a ellos les interesaba, claro. Pero esto no es nuevo, a todos nos mueve algo y nos interesa que alguien esté donde se le pone, y que el que nos ha puesto siga contento con nosotros, y nos interesa que la gente crea en lo que nos interesa.

—¿Y a los que no les mueve el interés?

—Esos son los peligrosos, capaces de cualquier cosa. Lo importante ahora es que acierten los que mandan de una vez por todas para saber dónde terminaremos, si en casa, en la morgue, en la fosa o en la urna.

—Pues sí, que ya no quedan cajas y las pocas que se pueden comprar están por las nubes.

—Sin duda. Piensa, amigo don Número, que si no saben más es porque no se puede saber más, aunque no sea cierto, hay que hacer un ejercicio de fe ciega. Tenemos que confiar en esta gente, con los ojos cerrados si hiciera falta, que sólo ellos nos pueden sacar de ésta. Con mentiras o medias verdades, de un modo u otro, son nuestra única posibilidad, por triste que resulte.

—La del clavo ardiendo. No queda otra.

En ese momento, la puerta doble de la derecha se abrió y surgió una mesa metálica con ruedas, dos bandejas y una montaña de bolsas negras. Dos celadores ataviados con mascarillas, guantes y

delantales la empujaban en dirección al depósito. Cuando se aproximaron a ellos, se detuvieron, pues uno de los operarios reconoció al anciano del porta suero. De las bolsas poco se podía distinguir, algunas tenían etiquetas escritas a mano pegadas en alguna parte de la superficie.

Don Número leyó una de las etiquetas, la de la bolsa más cercana, y el semblante se le empalideció.

—Mira, esa es mi mujer...

El anciano se mantuvo frío, como ajeno al lugar y al momento que estaba viviendo. No sabía cómo encajar la inverosímil situación de haber visto a su esposa cruzar la puerta con vida pocas horas antes y salir ya bien muerta y enfundada en la bolsa negra. No había podido acompañar al ser querido en los últimos instantes de su vida, ni despedirlo como era debido.

—El suplicio ha terminado ya para ella —dijo con ojos húmedos y garganta dolorida—. Sólo era cuestión de tiempo, ahora me quedo más tranquilo. Espero que una buena persona le cogiera la mano antes de exhalar su último aliento.

La camilla se puso en marcha y desapareció por la puerta de la izquierda.

—Seguro que sí. Quédate tranquilo y en paz con eso. Su sacrificio lo aprovecharán otros, que no te quepa la menor duda.

—Y con un poco de suerte no volverá a darse una crisis semejante y todo se habrá olvidado, como con la gripe española —dijo ya, más entero—, aunque yo no lo olvide nunca.

—Eso espero. Que no se repita hasta dentro de muchas generaciones. Así no tendremos que exigir a los políticos una sanidad absolutamente garantista para todos, cueste lo que cueste. Que sirva para algo el dolor que nos estamos llevando...

—Cierto, no quisiera que la sociedad gastara energía y esfuerzos en corregir a aquellos que van a lo suyo y que sólo atienden al poderoso capital, mientras se visten con la bandera de la sanidad pública.

Tras la conversación se dedicaron a ver la televisión y a evadirse con los matinales que tan poco contaban, dejando a sus mentes en letargo, como de costumbre. Y don Número, todavía en *shock*, continuaba sin percatarse de la trascendencia de su tragedia.

Casi una hora después, un médico se acercó a don Número y le dijo algo al oído, imposibilitando que don Nadie escuchara. El enviudado hizo un gesto afirmativo y miró a su compañero de espera con cara de circunstancias.

—¿Ya te vas?

—Sí, ya me toca.

Se levantó con esfuerzo, apoyándose en el pie con ruedas y con la ayuda del médico. Se encaminó hacia la puerta de la derecha con piernas temblorosas y con un gesto de resignación se despidió de don Nadie.

—No tengas miedo. —Levantó la mano a modo de despedida desde su asiento—. Si ves que te mueres, no te angusties, abre un poco la cremallera y saca la mano como puedas, que algún desconocido te la cogerá para que no te vayas tan solo, que es más humano. Ya verás como todo sale bien.

La bolsa negra

Primera edición: marzo de 2021
Segunda edición: febrero de 2022

Copyright © 2021 J. F. Joya
ISNI: 0000 0004 9335 3445
www.jfjoya.com